

Capítulo 12

Pepe Gorras

Tina Casanova

—¿Quiénes? —pregunta ella distraída.
Y yo, que no quiero que Elvira se entere de lo que andábamos haciendo, le meto un pellizco al Dientes.

—Las avispas, claro —reacciona él.

La verdad es que Dientes está muy payaso. Además del cachete, el labio superior también se le hinchó. Se le ven los dientes chiquitos y separados. Ahora sí que de verdad dan pena sus dientes tristes.

—Pobrecito —exclama Elvira cuando se ha ido—. Me da pena que sea tan feo.

Y ya no me aguanto las ganas de reír. Me revuelco en el piso de la risa que me da la cara de Dientes, sus cachetes embarrados de orines, su boca hinchada como una morcilla, con aquellos dientes chiquitos. También me da gracia cuando recuerdo sus nalgas blancas azotándose contra las ramas, y sus piernas flacas saltando por encima de los matorrales.

El Llorón se tira al piso también y se ríe como un loco, mientras me azota con el chupete. Se me trepa sobre la picada que tengo en la espalda y me hace ver las estrellas.

12 Un perro sin cabeza



En la hora del recreo, mientras juego en los pinos que hay detrás de la escuela, me secuestran. Lo único que alcanzo a ver es una mano que sale de detrás de un seto de hibiscos recortados. La mano me agarra del cuello de la camisa y me arrastra hasta detrás del seto. Ni siquiera tengo tiempo de gritar, porque me tapan la boca unas manos que huelen a rata podrida.

Es El Dientes. Se quita la máscara, una media de nilón, y me hace señas con el dedo en la boca para que no hable.

—¿Qué diablos te pasa? —alcanzo a decir cuando me repongo del susto.

—Cambia esa cara, parece que has visto al chupacabras.

—Tus manos huelen a ratón muerto —respondo.

—A perro muerto —aclara misterioso.

Enseguida me cuenta que localizó el sitio donde los ratas trabajan con el esqueleto. Por el olor de sus manos deduzco que ha caído sobre la presa.

El Dientes faltó a clases hoy. Su cara sigue hinchada, pero ya el labio no se levanta dejando ver sus dientes tristes.

—Tienes que venir conmigo ahora —dice todavía en voz baja.

—Ahora no puedo. Ya mismo comienza la clase de Ciencias.

—Pues córtala.

—No puedo cortar. Si Mami se entera, y sé que se va a enterar, se me complica la cosa.

—No me importa. Tienes que venir.

El Dientes me empuja. Me obliga a cruzar el alambre que sirve de verja y nos internamos en la maleza.

Cruzamos un solar baldío donde hay muchos matorrales y unos cuantos árboles de mangó.

Allí vamos siempre en las vacaciones de verano a comer mangós trepados en las ramas más altas, y a hacernos guerra de pepas de mangó. Corremos como locos por un tramo más de maleza hasta que salimos a la carretera. La cruzamos. En la otra orilla, Dientes me lleva hasta una alcantarilla que forma un pequeño puente. Por debajo corre la quebrada que baja desde el bosque. Allí me muestra la calavera de un perro.

—¡Ahí la tienes! —dice triunfante—, a ver si van a exhibir un perro sin cabeza. —Y el Dientes se revuelca por el piso de la risa.

—¿Cómo hiciste?

—Nada. La invité a dar un paseo —dice levantando los hombros sin dejar de reír.

—¡Eres un monstruo! —digo feliz—. Me gustaría verles las caras a los ratas cuando vayan a buscar el esqueleto.

—¿Qué nombre le pondrán al proyecto? —dice Dientes a carcajada limpia.

—El misterioso perro sin cabeza —digo yo.

Y acompaño al Dientes a revolcarnos en la maleza.

1.¿Quién secuestra a Pepe Gorra?

2.¿A dónde llevan a Pepe Gorras?

3.¿Qué encuentran?¿Cómo le llamarían?